

pairía de Valentinois. Su nieto, Luis Grimaldi, se casó con la hija del mariscal de Gramont, mujer de carácter galante y que fué uno de los primeros caprichos del rey. Su hijo se casará con la hija del conde de Armagnac, el caballero mayor, y, con motivo de esta boda, recibirán los Mónaco los derechos y las prerrogativas de príncipes.

Finalmente los Rohán, ó, por lo menos, la rama mayor de esta familia, la de Guemeneo ó Montbazón, tienen categoría de príncipes porque descienden de los antiguos duques de Bretaña y de los reyes de Navarra y porque están unidos á familias reales ó soberanas. De todos los Rohán el que más sobresalió fué el príncipe de Subisse, capitán teniente de los gendarmes del rey, teniente general de los ejércitos, gobernador del Berri «y el gendarme más guapo de su tiempo;» la princesa su esposa, una Rohán-Chabot, agradó al rey por «su belleza roja, con el cutis más hermoso del mundo y pequeños ojos.»

V.—La vida de corte

Entre esas personalidades fueron elegidos los grandes funcionarios de la corona. El mayordomo mayor era el príncipe de Condé y, en futura, el duque de Enghien; el gran chambelán, el duque de Bouillon; el caballero mayor, el conde de Armagnac; el limosnero mayor, el cardenal de Bouillon. En 1669 el rey creó ó restableció la mayordomía mayor del guardarropa, para Francisco La Rochefoucauld, el autor de las «Máximas.» Esta «ilustre servidumbre» administraba la corte de Francia (1).

(1) Véase en el *Etat de la France* del año 1698 (que es el más completo de todos en esta materia) la lista de los grandes funcionarios de la corte. El autor los ha clasificado metódicamente «siguiendo aproximadamente el orden que se guarda en el estado» de sus sueldos. Figuran en primera línea los cargos eclesiásticos: el limosnero mayor, los limosneros, el confesor del rey, los capellanes de honor y la música. Siguen luego los funcionarios encargados de la comida del monarca; el mayordomo de la casa del rey, quien tiene á sus órdenes á los maestresalas, al jefe de la panetería, al copero mayor, al trinchante mayor y á los gentileshombres de boca. Para lo relativo al vestido, hay el gran chambelán, los cuatro primeros gentileshombres de cámara, los cuatro primeros ayudas de cámara, los ujieres, los ayudas de cámara, el mayordomo mayor y los mayordomos del guardarropa, los cuatro primeros ayudas de cámara y los ayudas de cámara del guardarropa, los intendentes de la vajilla de plata y de las minutas, los ujieres del gabinete, los secretarios del gabinete, la música de cámara, los médicos, los cirujanos y los boticarios del rey. Vienen después los funcionarios para los alojamientos: aposentador mayor y furrieles. La caballeriza, dividida en grande y pequeña, está dirigida por el caballero mayor de Francia, á cuyas órdenes sirven, en la grande, el primer caballero, los caballeros ordinarios, los pajes y los lacayos; y en la pequeña, el caballero mayor, los caballeros, los pajes, el capellán de los pajes y los cocheros de las carrozas y calesas. Las diversiones del rey están administradas por el montero mayor que tiene como subordinados á los tenientes de montería, á los gentileshombres de montería, á los halconeros y á los cazadores de lobos. A las órdenes del gran maestro de ceremonias están el maestro y el ayudante de ceremonias. La casa militar del rey comprende los guardias de corps, los guardias de la Mancha, los cien suizos, los guardias de la puerta, los guardias del prebostazgo, los gendarmes de la guardia, la caballería ligera, los guardias franceses, los guardias suizos, los mosqueteros y los cien gentileshombres del *bec-de-corbin*.

Después de la casa del rey, vienen las casas reales, siendo las primeras de éstas las del Delfín y de sus hijos, luego las de Monsieur, de Madama, etc.

La corte había ido adquiriendo poco á poco sus costumbres y sus formas y se nos presenta en todo su esplendor dentro del marco de Versalles, que ha sido hecho para ella. No se crea que aquella corte fué ceremoniosa y circunspecta; fué, por el contrario, en extremo animada por el continuo ir y venir de una multitud agitada. Un duque italiano, al ver «aquella confusión de hombres y mujeres y la libertad que cualquiera persona de calidad tenía para entrar en todas partes,» dijo que la corte de Francia tenía semejanza con un sitio cuyo nombre no se pronuncia entre personas bien educadas. En cambio, un cardenal de aquel mismo país, encantado por aquella mezcla de apuestos señores y de hermosas damas, exclamó: ¡*Che Cuccagna!* Otro italiano describe graciosamente el runrún de un paseo del rey: «Es un hermoso espectáculo verle salir de palacio con los guardias de corps, las carrozas, los caballos, los cortesanos, los criados y multitud de personas que corren tumultuosamente gritando á su alrededor. Me recuerda esto á la reina de las abejas cuando recorre los campos con su enjambre. La voluntad de Luis XIV de verse siempre rodeado de gente y de ser accesible á todo el mundo, y su costumbre de permitir que le hablasen en determinados momentos, mantenían una especie de desorden en torno suyo.

Y sin embargo la jornada del rey era solemne. Los actos de levantarse de la cama y de acostarse, en los cuales se admite á los cortesanos en grandes grupos, según su categoría, parecen saluciones de adoradores de un astro (2). La comida es una ceremonia en la que todos los movimientos son rituales: «La carne de Su Majestad, dice una ordenanza de la Casa, será servida del modo siguiente: irán delante dos guardias, después el ujier de sala, el maestresala con su bastón, el gentil-hombre-sirviente-panetero, el contralor general, el contralor mozo de oficios y otros que llevarán la carne, el escudero de cocina y el guardavajilla y detrás de ellos otros dos guardias del rey.» Si el rey pide que le sirvan de beber, «el que sirve de copero... grita inmediatamente: «¡De beber para el rey!» hace una reverencia á Su Majestad, se dirige al aparador para tomar de manos del jefe de los escanciadores la salvilla con el vaso tapado y dos garrafas de cristal llenas de vino y de agua y, precedido del jefe y seguido del ayudante del cubilete, al llegar los tres á la mesa del rey hacen una reverencia delante de éste.» Después el gentil-hombre sirviente y el jefe de los escanciadores prueban el vino en tazas de plata sobredorada y el gentil-hombre hace otra reverencia al rey, destapa el vaso y presenta las garrafas; el monarca se escancia él mismo el agua y el vino, y el gentil-hombre, haciendo nueva reverencia, devuelve la salvilla al jefe de los escanciadores, quien la vuelve á poner en el aparador.

El ceremonial, la pompa, la magnificencia de la corte no eran consideradas como cosas vanas, sino como señales visibles de la grandeza del rey. Bossuet opinaba que Dios permitía y aun quería todo aquel esplendor y dice, después de haber descrito el palacio de Salomón:

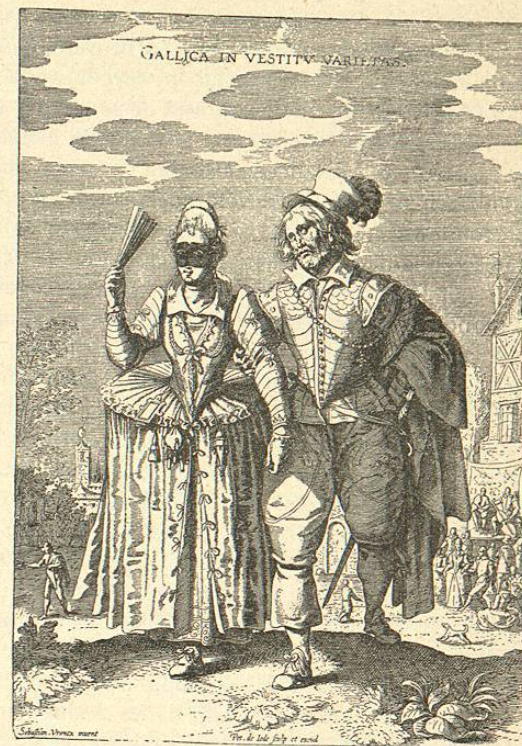
(2) Respecto de este ceremonial tantas veces descrito, véase el *Etat de la France en 1698*, y Spanheim, *Relation...* con las notas de Emilio Bourgeois, el cual hace referencia á los demás documentos sobre el asunto, especialmente á Saint-Simón y á los trabajos de M. de Boislesle.

«Dios prohibía la ostentación que la vanidad inspira y el loco engrandecimiento de un corazón embriagado de riquezas; pero quería que la corte de los reyes fuese brillante y magnífica para que impusiera á los pueblos cierto respeto.» Por otra parte, todas las artes reunidas y la natural majestad y exquisita cortesía del rey imprimían un sello de nobleza en la corte, en los palacios y en las fiestas. En aquella corte y por ella terminó Luis XIV la obra de su política (1). Ante la majestad del rey todo se empequeñece: «Todo el mundo es pequeño en la corte por mucha vanidad que se tenga; pero el mal es general y son pequeños hasta los grandes.» El poder del soberano, el temor que ese poder inspira, la admiración de su grandeza y además todo su modo de ser en medio de aquella multitud que la señora de Sevigné denomina «toda la Francia,» su manera de caminar, la expresión que comunica á su mirada y á su palabra, lo transfiguran en una especie de Dios. Saint-Simón confiesa que «era preciso que empezara á acostumbrarse á verle,» el que no quería quedarse cortado al hablarle. «También el respeto que su presencia infundía, dice, imponía el silencio y hasta una especie de terror.» A La Bruyere le pareció que la presencia del príncipe afeaba á los cortesanos: «Sus facciones se alteran y su porte se envilece; y las personas altivas y soberbias son las más desfiguradas porque tienen más que perder.» De La Bruyere es la siguiente descripción célebre del servicio divino en la corte de Francia:

«Los grandes de la nación se congregan todos los días, á determinada hora, en un templo al que dan el nombre de iglesia, y en el fondo del cual hay un altar consagrado á su dios, en donde un sacerdote celebra misterios, que ellos llaman santos, sagrados y temibles. Los grandes forman un vasto círculo delante de aquel altar y están de pie, de espaldas al sacerdote y á los santos misterios con los rostros levantados hacia su rey, á quien se ve de rodillas en una tribuna y en quien parecen tener puestos todo su pensamiento y todo su corazón. No falta quien vea en esa costumbre una especie de subordinación puesto que aquel público parece adorar al príncipe y el príncipe adorar á Dios.»

En la época en que La Bruyere observaba la corte, parecían muy lejanos los tiempos de La Valliere y de los primeros años de la Montespán, del torneo de París, de los placeres de la isla encantada, de los espectáculos mágicos que fueron el encanto de los comienzos de Versalles, de las comedias atrevidas de Moliere y de los bailes escénicos en cuyas danzas era maestro el rey porque «convenían á la majestad de su persona y no menoscababan la de su categoría.» Ha llegado para Luis XIV la edad de la madurez, de los cuidados de toda clase, de los escrúpulos, y al fin se ha «convertido,» y quiere extender á los demás la reforma que á sí mismo se ha impuesto. En 1684 ejerce la censura sobre las costumbres; durante la cuarentena prohíbe que se representen comedias en Versalles y en París; se expresa «en términos duros hablando de los cortesanos que no celebraban las Pascuas;» promete «estarles reconocido» si las celebran; reprende á los «que oyen misa irreligiosamente,» y «hace que le denuncien á los que hablan durante la misa.» Censura á Monsieur «por las costumbres de

muchos de sus servidores» y le ruega que impida «el trato del señor caballero de Lorena con la señora de Grancey.» Envía su confesor al confesor de Madama y manda «reprender horriblemente» á esta princesa por su excesiva libertad de lenguaje, por haber dicho al Delfín que aunque le viera desnudo de pies á cabeza, á él ó á cualquier otro, no caería en tentación, y porque permite que sus «doncellas tengan galanteadores.» Se declara «públicamente contra los vicios escandalosos á



Condit amatori formae tuae, Gallia, decorem!
«Dum laetis, acerbis est gratia nulla boni.
Ille dies choros totos, et gaudia nobis
Exercens, hilaris perficit arte voco

Fit tuncque Jiles, sacralia gratia, cachinnus.
Causas, et tuncque quidam in arte placet.
Gallia est proprium, mores, virtutis, frequentia
Ingenium, vigiliis que nocentis probant

Modas francesas á mediados del siglo XVII
Grabado de Pedro de Iode (nacido en 1606), de un dibujo
de Sebastián Francken (1573-1647)

que la primera juventud de la corte y de su propia sangre» se ha dedicado. Y al mismo tiempo que predica, castiga con reprobaciones y con destierros, pues su «deseo más ardiente, dice Bourdaloue, es hacer de su corte una corte cristiana, de su reino un reino cristiano y aun del mundo entero, si fuese suyo, un mundo cristiano.» Entonces pasan de moda la galantería, las orgías y las malas palabras (2), y aquella corte en la que do-

(2) Es muy difícil describir el estado moral de una sociedad, pues siempre se corre el riesgo de incurrir en el pesimismo. En ningún tiempo parecen haber sido buenas las costumbres. En la sociedad de la época brillante de Luis XIV hubo un escándalo, el «asunto de los venenos,» que duró desde 1672 á 1676 y cuya historia ha sido relatada últimamente por Funck-Brentano en *Le drame des poisons*, París, 1902. Los principales documentos relativos á ese asunto están en los *Archives de la Bastille*, publicados por Ravaisson en los tomos V, VI y VII; en ellos se hallan las pruebas de un gran desorden criminal y, en particular, datos curiosos sobre los procedimientos empleados por la señora de Montespán para conservar y vivificar el amor de Luis XIV; pero acerca de este capítulo quedan muchos puntos oscuros, y hay que guardarse de sacar de aquel proceso célebre conclusiones demasiado generales.

(1) Véanse págs. 57, 163 y 164.

mina la señora de Maintenón y en que las dos princesas más ilustres, la Delfina y Madama, no están «inficionadas» de ninguna coquetería y en que la señora de Montespán subsiste como un recuerdo y una prueba del pecado renegado, ha adquirido todas las apariencias de la «modestia y del decoro,» y un extranjero ve en ella un aspecto más honrado que en «la mayoría de las grandes cortes que son tenidas, sin embargo, por regulares.»

Pero varios testigos que por su posición pueden ver bien las cosas, no creen en la sinceridad de aquel aspecto. El cortesano de antaño, dice La Bruyere, lucía sus cabellos, vestía calzones y jubón, llevaba anchos encañonados y era libertino; hoy esto no se estila y el cortesano usa peluca, viste casaca ceñida, calza medias lisas y es devoto. Madama se asombra de que el mismo hombre que «se finge devoto en la corte» se presente «como ateo en París» y opina que «esto es lo más chusco que darse pueda.» Bourdaloue no se deja engañar por la apariencia de religión: «No sé cuánta gente mundana,» dice, muere «todos los días en la impenitencia;» y hace observar con toques delicados y profundos la marcha progresiva de la impiedad en aquel gran mundo en donde la experiencia de la vida, en aquel ambiente de esplendores y miserias, ha destruido la creencia en el bien y aun toda clase de creencia, para formar individuos agotados á quienes no hay medio de hacer creer en nada, osados contra Dios y su evangelio. Tales individuos no quieren «convenir nunca en lo bueno,» «no encuentran nada edificante;» quieren que un interés secreto sea la causa de todo el bien que se practica..., de todas las resoluciones que se adoptan de hacer una vida cristiana.» Van á los sermones de los predicadores, «no para escucharlos ni para darles crédito, sino para examinarlos y censurarlos,» porque son gente de gustos y de espíritu muy crítico; quieren una moral, porque son moralistas á su manera, por costumbre de mirar á los demás, y es menester, por consiguiente, que la moral del sacerdote que predica sea «delicada..., es tuda,» que «dé á conocer el corazón del hombre... y sirva de espejo en el que cada cual no se contemple á sí mismo, sino que contemple los vicios ajenos.» En cuanto á las «máximas más sabias del Evangelio» son «locuras,» y «las prácticas más saludables del cristianismo... diversiones frívolas.» Ciertos libros enseñan que el miedo al infierno y á los juicios de Dios es una «debilidad,» y esos libros «contagiosos» son acogidos «con aprecio general, con avidez insaciable, recitados en todas las reuniones y propuestos como modelos.» Y Bourdaloue anuncia con palabras proféticas el siglo futuro: «Ya no se contentan los hombres con ser libertinos, sino que hacen de sus hijos, merced á la educación que les dan, una generación de libertinos.»

También la enmienda de las costumbres fué aparente, y las generaciones del final del reinado prometen ser peores que sus antecesoras.

«Háblase, dice La Bruyere, de una región en donde los viejos son galantes, corteses y finos, y los jóvenes, por el contrario, rudos, feroces, sin decencia ni educación, se hallan exentos de la pasión de las mujeres en una edad en que, en otras partes, comienzan á sentirla, y á ellas prefieren banquetes, viandas y amores ridículos. Entre ellos, pasa por sobrio y moderado el que sólo

se emborracha de vino, pues el abuso que de él han hecho hace que les parezca insípido y que procuren despertar su gusto, ya agotado, con aguardientes y todos los más fuertes licoros...»

Y Madama dice:

«Todos los jóvenes, en general, son horriblemente disolutos y dados á todos los vicios; no hacen más que beber, revolcarse en la incontinencia y decir palabras obscenas.»

Ciertamente que hay que desconfiar de la severidad de los moralistas, sobre todo cuando son estilistas como La Bruyere, y que Madama, según la cual «sólo los hombres del vulgo aman á las mujeres» y «las mujeres están enamoradas unas de otras,» hablaba influida por el mal humor que le producían las costumbres de las personas que tenía más cerca; pero hay otros muchos testimonios que se agregan á los suyos, pudiendo, por consiguiente, afirmarse que las costumbres de la Regencia comenzaron, mucho antes de la muerte del rey, en la familia real, en la corte y en la capital.

Quizás la vida disoluta era un desquite contra la hipocresía y pudiera muy bien ser que las alegres gentes del Temple y de otras partes, que se hartaban de vino, de amor y de palabras obscenas, hallasen razones para considerarse mejores que los comediantes que fingían piedad á la vista del rey y se hacían «misioneros» para salvar almas hugonotes.

Indudablemente también fué la vida disoluta una relajación en una existencia muy dura. Casi todo el mundo sentía la preocupación de algún cuidado, esperando ó temiendo algo «con los ojos abiertos clavados en lo que está vacante» á fin de solicitarlo. «Para conseguir un puesto importante se preparan las máquinas» y se busca quién ha de «iniciar el negocio y quién ha de apoyarlo;» de modo que la vida de la corte es una «cosa seria, melancólica, que aguza el ingenio.» El «negocio» que se emprende tiene á menudo gran importancia; no son solamente honores lo que se pide, sino que entre tantas manos alargadas, muchas piden medios para vivir. Muchísimos cortesanos están «en mala situación» por haberles arruinado el lujo, el juego y el mismo servicio del rey, y para sostenerse necesitan las rentas de una abadía, una pensión, la concesión de algunos bienes explotables, un «beneficio,» aguinaldos; y son muchas las damas que brillan gracias á la generosidad del soberano, el cual, si de cuando en cuando regala billetes de una lotería cuyos lotes él ha pagado, ó incluye en el programa de una fiesta anunciada una distribución de presentes, no lo hace tan sólo por divertir á las señoras, sino también porque sabe que no pocas de ellas no tienen «un sueldo,» como decía la señora de Sevigné. Y aquellas damas, seducidas por el anuncio de tales gangas, iban «á ver á los tenderos á quienes las telas habían sido compradas, para averiguar qué cantidad de ellas se había adquirido y cuánto habían costado.»

Todos los solicitantes se observaban y envidiaban. «Si alguien es colocado en algún nuevo empleo, prodúcese en favor suyo un desbordamiento de alabanzas que inunda los patios y la capilla é invade la escalera, la galería, toda la casa;» pero entonces «hablan la envidia y los celos al par de la adulación,» torturando las almas. La corte es «un país en donde las alegrías son visibles,

pero falsas, y los pesares ocultos, pero reales.» Y «¿quién creería que el entusiasmo por los espectáculos, los esplendores y los aplausos en los teatros de Moliere y de Arlequín, los banquetes, la caza, los bailes, los torneos encubriesen tantas inquietudes, preocupaciones é intereses diversos, tantos temores y esperanzas, pasiones tan vivas y negocios tan serios?»

Toda aquella sociedad tiene la sensación de que es actora y espectadora de una comedia en la que todos los rostros llevan careta. La señora de Sevigné cuenta que, en una visita que ha hecho á Pomponne, se ha hablado mucho:

«Una de nuestras locuras ha sido desear descubrir las intenciones ocultas de las cosas que creíamos saber y no veíamos, todo lo que sucede en las familias, en las cuales encontraríamos odio, envidia, rabia, desprecio, en vez de todas las bellezas que se ven en la superficie y que pasan por verdades. Me agradecería ver una habitación toda ella empapelada de esas intenciones ocultas.»

Ninguna alegría era posible entre esas «gentes sin amistad y sin caridad, siempre desconfiadas, siempre en guardia,» como dice Bourdaloue, quien llama á la corte «el centro de la corrupción del mundo,» porque «la mira de conservarse, la impaciencia por ascender, la obstinación de empujarse, el temor de desagravar y el deseo de hacerse agradable, forman conciencias que en todas partes serían tenidas por monstruosas.»

Era una inquietud perpetua saber que el rey le vigilaba á uno en todo momento. El secreto de la correspondencia y aun de la conversación no existía, y al monarca, que tenía gran curiosidad por las noticias policíacas, informábase de todo cuanto podía interesarle el teniente de policía, cuyos espías trabajaban en las iglesias, en los monasterios, en los palacios, en las casas particulares y en las calles de París. En la corte tenía un teniente de policía, que era aquel de sus ayudas de cámara que ejercía las funciones de gobernador de Versalles; éste, que distribuía espías «en los rincones oscuros de las escaleras, de las galerías, de los corredores, de los patios y de los jardines; en las tabernas y en las calles y hasta en las habitaciones, por medio de criados puestos ó sobornados por él, sabía todo lo que pasaba y daba de ello cuenta de tal modo que el rey estaba informado de todo, hasta de los galanteos de la corte y de la ciudad y de las aventuras de cada uno.» Y sucedía que muchos eran castigados sin saber «de dónde había partido el golpe.»

Sin embargo, esa existencia al lado del rey tenía tantos atractivos, que nadie podía substraerse á ella; muchos habrían querido ausentarse de cuando en cuando, pero «separarse un momento de la corte es renunciar á ella; el cortesano que la ve por la mañana la ve por la noche, para reconocerla al día siguiente ó para ser en ella reconocido.» Algunos, que no han sacado de la corte mercedes ni recompensas, se preguntan si no obrarían bien alejándose de ella para siempre; pero «la cuestión es tan espinosa, tan difícil y de tan penosa resolución, que un número infinito de cortesanos envejecen pensando en el pro y el contra y mueren en la duda.» Porque, en efecto, ¿qué irían á hacer en otra parte? Son cortesanos y no saben otro oficio; de aquí que no se muevan y que sean arrastrados por el torbe-

lino; «pues no hay medio de permanecer inmóvil allí donde todo camina y se agita y de no correr allí donde los demás corren.»

Ese género de vida era incómodo para la mayoría de los cortesanos.

Para describirlo con exactitud, sería menester entrar en una porción de pormenores. Versalles no olía bien; el aire estaba allí apestando por las exhalaciones de muchos centenares de «comunes,» ó por el mal olor de los excrementos que se depositaban en los rincones y aun en las escaleras y galerías, y con mayor razón en los jardines y en el parque. Bien es verdad que esos olores no molestaban tanto á los olfatos de entonces como á los de ahora. El común era un sitio respetable y las personas de calidad no solían abstenerse de recibir mientras hacían «sus necesidades.» Ser admitido á la presencia del rey, estando éste en su común, constituía un privilegio que se otorgaba por medio de una patente especial.

La calefacción era en Versalles muy deficiente, tanto que en los inviernos rigurosos el agua y el vino se helaban en la mesa del rey; y las hermosas chimeneas de mármol llenaban de humo los salones. La incomodidad mayor era la de los alojamientos: centenares de cortesanos están albergados en el palacio, pero la mayoría de ellos muy mal, en uno ó dos cuartos en los que apenas podían moverse. Algunos grandes personajes tienen su palacete en Versalles, ciudad cuya construcción hallábase entonces en sus comienzos. Los cortesanos carecen de casa propia; además han de estar todo el día fuera para ver y ser vistos, y «difícilmente se acostumbra uno á una vida que transcurre en una antecámara, en patios ó en la escalera.»

Cierto que hay «las diversiones;» mas éstas, en el momento histórico que estamos examinando, son cada día menos frecuentes. El período de las grandes fiestas brillantes ha pasado y para divertirse no queda más que «el aposento,» es decir, «la reunión de toda la corte desde las siete de la tarde hasta las diez,» tres días á la semana, en las habitaciones del rey. Allí se juega á todo, incluso al billar, y el rey va de un juego á otro y juega con quien quiere; en uno de los salones se sirven refrescos; se oye música y la velada termina con un baile. Tales reuniones eran muy á propósito para agradecer á los cortesanos; y gustaba, en efecto, «soberanamente» á la señora de Sevigné vivir algunas horas con el rey, «estar en sus diversiones, decía, y él en las nuestras.» En su concepto, era «lo suficiente para contentar á todo un reino al cual agrádale apasionadamente ver á su soberano.» Pero la marquesa no residía en la corte, sino que iba á ella de visita y luego se volvía á París; en cambio, los que en ella residían, á fuerza de divertirse, ya no se divertían poco ni mucho.

«El aposento, escribe Madama, es una cosa insoponible. La gente va al billar, se pone boca abajo, sin que nadie hable una palabra, y permanece así agachada hasta que el rey ha jugado una partida. Entonces todo el mundo va á la sala de música, en donde cantan un acto de una ópera antigua que se ha oído cien veces. Después nos dirigimos al baile, que dura de ocho á diez, y los que, como yo, no bailan, allí se están las dos horas, sentados, sin dejar un instante su asiento y sin ver ni oír otra cosa que un minué interminable. A las

diez menos cuarto bailan la contradanza unos después de otros, á la manera que los niños recitan el catecismo, y con esto el baile termina.»

A Madama le parecían los minués tan largos, que creía que se bailaban «á ruego de los devotos para que ello les hiciera pensar en la eternidad.» Y no era ella la única á quien fatigaba el retornado de los placeres; en las siguientes líneas de la señora de La Fayette adviértese la impresión de un verdadero aburrimiento que la buena educación impedía exteriorizar: «Hay una cierta cosa que no varía: siempre las mismas diversiones, siempre á las mismas horas y siempre con la misma gente.»

La única verdadera distracción que gusta y no cansa es el juego: «Aquí en Francia, en cuanto se juntan algunos no hacen más que jugar al lansquenete.» Saint-Simón refiere que una noche el rey perdió millones y al despertarse al día siguiente preguntó si todavía era rey. Monsieur hubo de empeñar sus pedrerías para pagar sus deudas de juego, y en casa de la Montespan no eran raras las pérdidas de cien mil escudos. Delante de las mesas de juego, las personas más distinguidas se encanallaban, y los jugadores que, en el palacio real hacían indudablemente un esfuerzo para guardar la compostura, en otras partes, aun en las casas principales, como en la de Monsieur, «arman tanto escándalo como perros cazadores que acosan una presa.» Parecen locos, dice Madama, que no jugaba: «El uno llora, el otro golpea la mesa haciendo retemblar toda la estancia; un tercero suelta tales blasfemias, que se os ponen los pelos de punta; y las mujeres tienen todo el aspecto de endemoniadas.» Bourdaloue se ensañó contra ese vicio favorito: es, dice, una «pasión,» una «rabia,» un «furor,» que engendra «la predisposición para todo y quizás para el crimen á fin de encontrar con qué alimentar el juego.» Es asimismo una «profesión,» un «tráfico,» en el que los arruinados buscan un medio de rehacer su fortuna y los ociosos una distracción.

El fastidio era el compañero natural de una existencia en la que tantos hombres, entre los cuales había muchos dotados de talento y de corazón, necesariamente habían de padecer con su inutilidad, con su ociosidad inquieta, con la violencia impuesta á las palabras, á los gestos, á las miradas.

El mismo rey se siente cohibido: «Si tuvo el arte de reinar, no dejó de ejercerlo un solo momento, y por

consiguiente nunca estuvo expansivo con nadie, ni nadie con él, ni siquiera sus queridas.» Quizás no sintió el cansancio de su perpetuo esfuerzo para ser «rey en todas partes y en todos los momentos,» por haber llegado á ser natural en él ese esfuerzo; y probablemente no reflexionó sobre la falsedad de la existencia que obligaba á llevar á millares de hombres y de mujeres, que vivían delante de él, á sus pies; porque para él era la verdad, tal como él la creía, el que todos los que le rodeaban viviesen contemplándole y adorándole. El rey no se aburre, ni tiene, en realidad, tiempo para aburrirse, pues su cabeza está llena de muchos y muy graves negocios de política exterior, de hacienda y sobre todo de religión. Y no descuida ninguno, sino que más que nunca se hace dar cuenta de todo y es admirablemente exacto en su inmensa labor. Conserva la afición á las construcciones y hace cambiar de sitio las estatuas, variar las fuentes, cegar estanques naturales y abrir estanques artificiales. El espectáculo de su corte no le cansa, porque es hombre que sabe mirar, y después de cenar le entretiene «observar los trajes, las posturas y la gracia de las reverencias.» Tal frase suya, cual descripción, como la que escribió á la duquesa de Borgoña después de haber fijado en ella las primeras miradas, son de un hombre refinado, que conoce á fondo la materia y que está contento de conocerla. Finalmente sabe los secretos de los corrillos y de las intrigas, las miserias, los defectos, en una palabra, toda la comedia, y no hay una persona que no le recuerde alguna historia.

Sabiendo que todo el mundo le mira, conserva siempre el rostro tranquilo; sigue siendo más «fino» más «cortés» que nadie y tiene todavía aquel «encanto de la palabra y de la voz» que tanto seducían. Sin embargo, comienza á notarse en él un cambio; en la intimidad está con frecuencia triste y de mal humor; en su rostro, más grave y hasta taciturno, la experiencia de la vida, una experiencia tan abundante, ha grabado el surco del desdén. Más de un aviso le ha recordado ya su mortalidad; los dientes se le han caído, su mandíbula está cariada, tiene los labios encogidos y las mejillas lacias. Padece cólicos é hinchazones de vientre, y pronto sobrevendrá la grande crisis de la «fístula.» Todo su cuerpo se ha vuelto pesado, pero, desvanecida la gracia, quédale la majestad que subsistirá hasta el final y se agrandará y llegará á ser soberbia en las tristezas y en la ruina que se acercan.



Cuartel de los Inválidos (de fotografía)

LUIS XIV. FIN DEL REINADO (1685-1715)

POR A. DE SAINT LEGER, A. REBELLIAU, P. SAGNAC Y ERNESTO LAVISSE (1)

LIBRO PRIMERO

LA POLÍTICA Y LA GUERRA, DESDE LA TREGUA DE RATISBONA HASTA LA PAZ DE RYSWYK (1684-1697) (2)

CAPÍTULO PRIMERO

LA PAZ ARMADA (3)

I. Política amenazadora. — II. La liga de Augsburgo. — III. Cuestiones del derecho de asilo y del electorado de Colonia. — IV. Ruptura de la tregua de Ratisbona.

I.—Política amenazadora

Luis XIV sólo había obtenido de Europa, con la tregua pactada en Ratisbona en 1684, un consentimiento provisional á las adquisiciones por él realizadas des-

pués de la paz de Nimega. El emperador, que había aceptado aquella tregua por la única razón de que no podía hacer la guerra en el Rhin y en Hungría al mismo tiempo, proponíase reanudar la lucha contra Francia en cuanto las circunstancias fuesen favorables. Sue-

Geschiedenis van het Nederlandsche volk, de P. J. Blok, t. V, Groninga, 1902, consúltense: C. Rousset, *Histoire de Louvois*, París, 1863, cuatro vol., los dos últimos. Legrelle, *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, 1.^a ed. en cuatro vol., París 1882-1892, el primero; 2.^a ed. en seis vol., Braine-le-Comte, 1895. Macaulay, *Histoire d'Angleterre depuis l'avènement de Jacques II*, trad. J. de Peyronnet, 1875, t. II y III. *Histoire d'Angleterre sous le règne de Guillaume III*, trad. Pichot, 1861, los tres primeros volúmenes. Sirtema de Grovestins, *Guillaume III et Louis XIV*, Saint-Germain-en-Laye, 1868, ocho vol., los t. V y VI. Onno Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart und die Succession des Hauses Hannover in Gross-Britannien und Ireland* (1660-1714), Vienne, 1875-1888, 14 vol., los t. V, VI y VII. D. Carutti, *Storia di Vittorio Amedeo II*, 3.^a ed., Turín, 1897. Conde de Haussenville, *La duchesse de Bourgogne et l'alliance savoyarde sous Louis XIV*, París, 1898, el t. primero. H. Lonchay, *La rivalité de la France et de l'Espagne aux Pays-Bas* (1635-1700), Bruselas, 1896.

(3) FUENTES: Spanheim, *Relation de la cour de France en 1690*. Ed. E. Bourgeois, París-Lyón, 1900. Conde de Avaux, *Négociations en Hollande* (1679-1688) París, 1752, seis vol. P. L. Müller, *Wilhelm III von Oranien und Georg Friedrich von Waldeck* (1684-1692), La Haya, 1873-1800, dos vol. *Zur Vorgeschichte des Orleans'schen Krieges. Nuntiatenberichte aus Wien und Paris* (1685-1688), pub. por Max Immich, Heidelberg, 1898.

OBRAS: G. F. Preuss, *Oesterreich, Frankreich und Bayern in der spanischen Erbfolgefrage*, (1685-1689). «Histor. Vierteljahr-